

Tibaldi, fanático afiliado, no hizo declaración alguna. Bortolotti, soldado licenciado de la legión italiana, y Grilli, amenazado en su patria por un auto de prisión, confesaron que habían recibido mil francos para asesinar al Emperador, pero sostuvieron que su intención no había sido más que apropiarse la paga sin merecerla. El primero añadió que un hombre grueso, con bigotes, con el nombre de *Drou-Rolline*, había conferenciado sobre la tentativa con M. Mazzini, y había debido suministrar el dinero.

Tibaldi fue condenado á la deportación: sus dos cómplices, asesinos vulgares, fueron condenados á quince años de detención. M. Mazzini, Ledru-Rollin, Massarenti y Campanella fueron condenados en contumacia y rebeldía.

Frustrados estos crímenes, la joven Italia volvió á sus locos motines é intentonas dirigidas sobre Massa, Génova, Livurna y Nápoles. Debiendo abrasar con ellos la Península, solo sirvieron para hacer fusilar ó prender á algunos desgraciados más, que eran llevados de batida por los soldados fieles y las poblaciones indignadas.

El 9 de enero de 1858 apareció un nuevo manifiesto de Mazzini en el periódico de Génova, *Italia del Popolo*. Esta es la señal ordinaria de las explosiones homicidas, por lo que el gobierno francés estaba alerta. Noticias llegadas del extranjero hablaban de máquinas infernales, de emisarios partidos de Londres, dirigiéndose á París por Bruselas. Tales eran los antecedentes que había cuando SS. MM. II. anunciaron el jueves 14 de enero, su intención de asistir á la representación de la Opera.

Ya se habían hecho los preparativos de costumbre: una brillante iluminación inundaba de luz la calle Le Pelletier: una multitud compacta esperaba la llegada de los coches imperiales. Estos desfilaron por el boulevard hacia las ocho y media, saludados por respetuosas aclamaciones. Los dos primeros en que iban un gentil-hombre y empleados de la casa, salvaron el peristilo y entraron en el pasaje cubierto donde está la escalera particular que conduce al palco de los emperadores.

El coche en que se encontraban SS. MM., y con ellos el general Roguet, había llegado ya á la entrada principal, precedido y seguido de una escolta de lanceros de la guardia imperial, y contenía el paso para entrar también en el pasaje reservado, cuando súbitamente se oyó una explosión semejante á un cañonazo.

Un proyectil estalló en centellas de fuego sobre el empedrado delante del carruaje imperial y en la última fila de la vanguardia de la escolta. La detonación apagó simultáneamente todos los mecheros de gas, y deslumbrados los ojos por la brillante iluminación y por el vivo resplandor del proyectil, quedaron súbitamente sumergidos en una oscuridad completa. Los caballos de la escolta, aterrados por el estrépito y la oscuridad, fueron dando corvetas al azar alrededor del coche.

Apenas habían transcurrido diez segundos cuando se verificó otra explosión. Una lluvia de hierro rebotó del empedrado sobre la muralla viviente que rodeaba

el coche imperial. Introdújose la confusión entre las filas y los caballos ó cayeron heridos, ó se precipitaron con sus ginetes en opuestas direcciones.

En el mismo instante, y después de un intervalo de tiempo casi inapreciable, estalló otro nuevo proyectil esparciéndose sobre el carruaje de SS. MM. el huracán homicida, sobre el resto de la escolta y sobre las filas apiñadas de la multitud: los cristales del peristilo estallaron hechos mil trozos; la cubierta de hierro que protege la entrada resonaba á los golpes de aquel granizo, y de los balcones de los edificios próximos, caían por todas partes fragmentos de cristales con un ruido siniestro.

En el primero de estos tres momentos terribles, los agentes destinados á la seguridad pública, se habían lanzado instintivamente hácia el coche imperial. Este había dado algunos pasos adelante, levantado por los caballos que se encabritaban de dolor, porque uno de ellos había sido casi derribado muerto en el sitio, y el otro herido gravemente. Sus últimos esfuerzos lanzaron al coche un poco á la izquierda hasta separarle de la entrada del pasaje reservado, yendo los caballos á caer en la acera y rompiendo en su agonía la lanza del coche. El carruaje imperial estaba agujereado por setenta y seis proyectiles.

Alessandri, el mismo cabo que arrestó en otro tiempo al asesino Pianori, el comisario de policía de la Opera, M. Lanet, el gentil-hombre, MM. Alfonso Royer y Gustavo Vaez, directores de la ópera, y otras muchas personas se habían precipitado á las portezuelas. ¿Qué había acontecido? ¿Había permitido Dios una horrible desgracia?

El aspecto calmado y tranquilo del Emperador, tranquilizó á todos. Su Magestad descendió del carruaje con la Emperatriz.—Señor, ¿estais herido? dijo M. Lanet.—No, respondió el Emperador, no me han tocado; pero vos si lo estais.

M. Lanet, tenía, en efecto, el rostro ensangrentado, y por su pecho se extendía una gran mancha de sangre.

No bien descendió la Emperatriz, mirando en torno suyo con horror, vió manchas de sangre en Alessandri, y le mandó bondadosamente que fuera á curarse.

El general Roguet había recibido en la parte superior lateral del cuello debajo de la oreja, una violenta contusión que había determinado un enorme rastro de sangre. Poco después ayudó la Emperatriz al general á revestirse su gaban que estaba acribillado de pequeños agujeros hechos por los proyectiles.

Sus Magestades fueron conducidos al pequeño salón preparado para recibirlos en el vestíbulo del pasaje reservado.

Así, por otra vez aun, había Dios frustrado las tentativas regicidas y salvado á la Francia.

¡Pero qué espectáculo tan horroroso presentaba lo exterior! En el suelo sembrado de despojos é inundado de sangre yacían numerosos cadáveres y heridos, y la multitud huía despavorida precipitándose por todas partes y lanzando gritos de dolor. Parecía el final de una batalla.